

Alice
Kellen
Las alas
de
Sophie



Alice Kellen
Las alas de Sophie

Somos los últimos clientes que quedan en el restaurante. Simon tiene los ojos vidriosos por culpa de la botella vacía de vino que está a su derecha y yo aún saboreo el regusto dulce en los labios. Su pierna roza la mía por debajo del mantel de cuadros. Me estremezco con cierto regocijo, porque me gusta que después de nueve años juntos aún siga despertándome un delicioso cosquilleo. Él sonríe sin dejar de mirarme.

—Deberíamos irnos ya.

—Sí, antes de que nos echen.

—Aunque me siento tan llena que no sé si voy a conseguir levantarme de la silla. Quizá tengas que ayudarme, Simon. Y puede que ni por esas. ¿Tienes el número de los bomberos a mano? Será lo más rápido.

Se echa a reír y levanta el brazo para pedir la cuenta. Nos atienden enseguida, deseosos de que nos larguemos. Cuando salimos todavía me siento como si estuviese flotando en una nube y no quiero bajar; estoy bien aquí arriba, soñando despierta y mecida por el vino y la lasaña que he pedido para cenar.

—Te brillan los ojos —dice Simon.

—A ti también —contesto riendo.

Las tardes en invierno son tan cortas que ya ha anochecido y las luces de la ciudad parpadean en la oscuridad. Apenas unas

semanas atrás, todo Ámsterdam estaba lleno de adornos navideños, espumillones brillantes, Sinterklaas en tamaño real por las esquinas y escaparates tan maravillosos que casi daba pena pensar en desmontarlos. Ahora que las fiestas han quedado atrás, lo único que permanece intacto es la densa nieve que se amontona sobre los tejados de los edificios, las aceras, las farolas y cualquier superficie que encuentra a su paso. Los copos siguen cayendo silenciosos y sin descanso, pero en este momento no me importa en absoluto y giro sobre mí misma mirando al cielo oscuro.

—Ven. —Simon tira de mí y me abraza—. Estás preciosa esta noche, Sophie.

—Tú siempre me ves con buenos ojos.

—Lo digo en serio. Si no te conociese y te viese por primera vez aquí, en medio de la calle, buscaría la manera de hablar contigo.

—¿Y qué me dirías?

—Ni idea. ¿Estás perdida?

—¿Bromeas? Tengo GPS en el móvil.

Simon permanece pensativo mientras echamos a andar y subimos por un puente. Vivimos en un laberinto de canales concéntricos que se cruzan, en una ciudad hecha de piedra, madera, agua y vidrio. La luna distorsionada se refleja en el canal donde se mecen un par de barcas y yo me abrocho el último botón del abrigo con los dedos entumecidos.

—Entonces te diría directamente que me gustas.

—¿Te das cuenta de lo perturbador que sería que un tío al que no conozco de nada me entrase así en la calle? Creo que huiría de ti. O correría a la comisaría de policía más cercana. Créeme, no es la mejor manera de ligar. Piensa algo distinto, Simon.

Me coge de la mano mientras recorremos la calle. No hay demasiada gente alrededor y es una noche tranquila de finales

de enero. Pasamos por delante de un local abierto que huele a *pizzas* recién horneadas. Simon sigue intentando que se le ocurra algo bueno, pero no está siendo su mejor día. Jugamos a menudo a imaginar otras posibilidades y nos preguntamos cosas que no han ocurrido. Es una vieja costumbre. «¿Qué harías si mañana te despertases y estuvieses en el cuerpo de otra persona?». «¿Cómo crees que sería tu vida si no nos hubiésemos conocido?». «¿Qué superpoder elegirías?». «¿Dónde crees que estaremos dentro de cincuenta años?». Y no respondemos lo primero que se nos pasa por la cabeza, sino que podemos estar horas divagando. Lo llamamos «Imagina que».

—Te preguntaría la hora.

—Vale, aunque pensaría que eres un poco rarito por no llevar un móvil encima.

—Después de preguntártela, te miraría con esta cara. —Simon deja de andar y me coge del codo para obligarme a ver su expresión seductora—. Y entonces añadiría que me he quedado sin batería. Puede que dijese algo así como «soy un maldito desastre, perdona».

—Mmm, eso habría captado mi interés, pero...

—La palabra «desastre» te habría hecho dudar, lo sé.

Cualquiera que me conozca sabe que soy una persona extremadamente organizada. Trato mi agenda como si fuese una biblia, tengo un calendario lleno de colorines donde lo apunto todo a pesar de que también lo hago en las notas del teléfono y, además, las listas son mi pequeña adicción. Listas de todo. De la compra. De sueños. De planes futuros. De cosas negativas que dejar atrás. De ideas. De trabajo. Lo que sea. Siento un placer profundo al enumerar las cosas y tacharlas después. Y también cuando todo está en orden a mi alrededor.

—Aun así, es la mejor opción hasta ahora.

—Podría arreglarlo diciéndote que no suelo ser así habitualmente, pero que llevo un día terrible. Quizá tu habrías sido

tan amable como para preocuparte por mí y con la excusa empezaríamos a hablar —concluye con satisfacción.

Nos olvidamos del asunto cuando llegamos al portal. Saco las llaves del bolso y las encajo en la cerradura. Después, a oscuras porque hace dos días se fundió la bombilla del rellano, subimos las viejas escaleras que crujen a cada paso que damos. El edificio donde vivimos está en el corazón de la ciudad. Lo alquilamos hace dos años a un buen precio y lo consideré mi hogar desde el primer día que puse un pie en él. Es un apartamento antiguo, con los techos altos, las paredes recubiertas de papel pintado y los suelos de parqué con algunos restos de la antigua moqueta que alguien decidió arrancar, pero tiene alma. Eso es lo que siempre le digo a mi madre cuando me pregunta si no estaríamos más cómodos en otro sitio más amplio. Y sí, es pequeño, pero más que suficiente para nosotros dos. No sé qué haremos en el futuro, de momento seguimos enamorados del incómodo sofá de color mostaza, la cocina poco agraciada y las ventanas de madera que chirrían.

Simon me besa en cuanto atravesamos la puerta. Me río cuando las llaves se me caen al suelo y nos movemos a trompicones hasta la habitación, que está al fondo, junto al salón. La casa está helada porque hemos olvidado encender la calefacción antes de irnos, pero cada caricia nos aleja más del frío y acabamos desnudándonos antes de caer en la cama. Simon coge la manta más gruesa para taparnos a los dos y yo vuelvo a besarlo rodeándole el cuello con los brazos. Froto mi mejilla contra la suya. Me gusta sentir el tacto de la barba incipiente. Y también la familiaridad de su cuerpo. Nunca he entendido a las personas que desprecian lo placentero que resulta encajar con un cuerpo conocido. Esa confianza. Esa intimidad que es imposible lograr con un ligue cualquiera. La sensación de calma al deslizar la mano por su espalda y comprobar que el lunar que tan bien conoces sigue justo ahí, cerca de las costillas. Y saber por su respiración jadeante que está

a punto de dejarse ir contigo. Esa noche, después de hacerlo y alcanzar juntos la cima, permanecemos abrazados en silencio.

—Todos los días deberían ser así —dice Simon.

Estoy de acuerdo, pero no lo digo en voz alta porque se me cierran los ojos. Me acurruco contra su pecho y él hunde los dedos en mi pelo porque sabe que eso me relaja. Lo hemos pasado bien. Nosotros siempre nos lo pasamos bien. En algún momento, mientras escucho el latir pausado de su corazón bajo mi oreja, me quedo dormida.

La luz se cuela por la ventana cuando abro los ojos.

Noto la presencia de Simon a mi lado y me giro hacia él, un poco sorprendida al encontrarlo aún allí. Por las mañanas es el primero en levantarse y cuando yo consigo hacerlo, el aroma a café ya llena la casa y se escucha el ruido de las cañerías porque Simon está en la ducha. Sigue ese mismo ritual los fines de semana, aunque no tenga que ir a trabajar.

Pero hoy no. Hoy Simon continúa acostado boca arriba. Me acerco a él con una sonrisa, porque me gusta la idea de poder despertarme a su lado, y lo abrazo. Pero entonces noto su piel. Fría. Su piel está fría. Me incorporo un poco. Lo miro. Tiene una expresión de calma en el rostro, como si estuviese disfrutando de un sueño agradable. Sus labios suaves entreabiertos, los ojos cerrados y el cabello rubio como la miel despeinado.

—¿Simon?

No responde. Lo zarandeo.

—¡Simon, despierta!

Tengo un nudo en la garganta. Lo cojo del brazo y, sin éxito, tiro de él como si fuese una marioneta e intentase levantarlo. Me quedo mirándolo. Su pecho no se mueve. No respira. Y un escalofrío me atraviesa, porque de repente comprendo que Simon está muerto.